



LA MISERICORDIA DE JESÚS

MEDITEMOS acerca de la bondad de nuestro Señor en perdonarnos.

I. Mucho le hemos ofendido, tanto que los días de nuestra vida son mucho menos numerosos que nuestros pecados, pues cabe ofenderle con cada uno de los pensamientos, y aun mezclar el pecado con las buenas obras. Así es que fuera cosa de desesperarse por haber pecado tanto y sentirse todavía tan inclinado al mal, si Dios no fuese infinitamente bueno.

¡Y si al menos no le ofendiésemos sino á causa de las pasiones de nuestra maligna naturaleza! Pero no, sino que de sus gracias, de sus dones, de Él mismo, de todo nos valemos para pecar; quiero decir cuando nos enorgullecemos por las gracias de nuestra vocación ó de nuestro sacerdocio. Estas faltas le producen doble pesar, porque nuestra malicia es tanto mayor cuanto son más excelentes las gracias de que abusamos; además de que nos consideraba como amigos y ya sabéis cuántó hacen padecer las heridas causadas por un amigo.

La malicia del que abusa de las gracias escogidas de Dios es tan grande, y se comprende que sea tan

acredora á su venganza, que la mayor parte de los que cayeron después que la bondad de Dios los colmó de bienes privilegiados, persisten en el mal, no tanto porque lo aman, como porque desesperan de conseguir el perdón de un pecado tan grande como el suyo. Por lo demás, todo pecador necesita no considerar á Dios sino desde el aspecto de su misericordia; pues mirando sus otros atributos, su santidad, su majestad y sobre todo su justicia, siéntese oprimido.

En cambio, ¿quién podría no mirar confiadamente á Jesucristo, tan bueno y misericordioso, que es la misericordia encarnada? Los pecadores llegábanse sin recelo al Salvador, decíanle sus crímenes, expresaban su arrepentimiento, y eran al punto perdonados.

Por bueno y santo que un hombre sea, causará temor, y el confesarle una falta nuestra producirá vergüenza, pues sentimos que su santidad nos condena, supuesto que hubiéramos podido perseverar como él; mas á Jesús se dirige uno sin miedo, porque es el Salvador, el médico que tan sólo ha venido para los que estaban caídos, y en Él no se percibe la mirada del hombre y mucho menos la del acusador ó del juez: es enteramente la misericordia en acción.

¡Jesús está amasado, hecho completamente de misericordia! Anunciándolo San Pablo, tenía mucha razón en decir: «La bondad y misericordia de nuestro Dios se ha manifestado en Jesucristo, el Salvador.» La misericordia es la forma de sus pensamientos, miradas, palabras y de todos sus actos; se afana porque sólo le vean revestido de misericordia para que todos los pecadores, aun los más culpables y endurecidos, acudan á Él. En las Catacumbas, nues-

tros padres, que con Él habían vivido, representábanle en la figura de Orfeo que con los acordes de su lira encanta á las fieras, las atrae y cautiva, las retiene á sus plantas.—Así atraía nuestro Señor á los pecadores, que le rodeaban, contento por verse en medio de ellos, á quienes con sus palabras de bondad conmovía, volviéndolos á la vida: «¡Yo sólo he venido por los pecadores y para las ovejas extraviadas!»

Cuidaba mucho de que por ninguna circunstancia se desnaturalizase este carácter de su misión; por eso, cuando los hijos de Zebedeo querían castigar á una ciudad culpable de no haber querido recibirlos, Jesús los reprende con severidad. «¡No conocéis el espíritu que os anima!»

Y frente á la malevolencia y las calumnias de los fariseos, lo afirma elevadamente: «No son los sanos, sino los enfermos, quienes tienen necesidad de médico.»

Tal es su misión: perdonar, salvar, obrar con misericordia; y fué enviado por su Padre, según dice San Pablo, para mostrar á los siglos todas las superabundantes riquezas de su bondad y misericordia.—Jesucristo deja de existir si suprimis en su carácter la misericordia.

Tampoco quiere otra cosa en la institución de la Iglesia y del sacerdocio, que perpetuar para siempre su misericordia, y así, no han quedado los sacerdotes para dar á los justos certificados de virtud, sino para absolver y consolar á los pobres pecadores.

Tal es nuestro Señor; ahora estudiad las misericordiosísimas circunstancias del perdón que á los pecadores concede.

H. Nos aguarda.—La justicia, so pena de mos-

trarse débil, requiere que se castigue á raíz de cometida la falta; mas Jesús, como el viñador del Evangelio, pide una prórroga. «Tened paciencia — dice Jesús á su Padre próximo á castigar; — amo á ese pobre pecador, quiero salvarle, y á fuerza de cuidados le volveré á la justicia y á la vida; deseo convertirle en florón de mi corona de Salvador!» Y enlazándole entre sus brazos, para los golpes asestados contra él.

Nos espera, y, aun cuando moramos en el mal, nos colma de beneficios, por lo cual, engañándose muchos pecadores, hallan en ello ocasión de pensar que su pecado no causa mucha pena á Dios, supuesto que no lo castiga; siendo así que cuando el convertido mira hacia atrás, asómbrase de que Dios haya sido tan bueno que nos haya dado tiempo para convertirnos. — Así espera su misericordia, que es paciente hasta el exceso.

Pero ¡qué digo! Para el pecador tiene bondades mayores que las que le dispensaba cuando seguía el camino recto.

Muchos se escandalizan por esto y dicen: «Dios olvida su dignidad»; pero debieran pensar que su bondad se antepone á todo.

Ha dicho Jesús que por una sola oveja extraviada dejaría las noventa y nueve restantes, y que más gozo habría en el cielo por la vuelta de un pecador que por la perseverancia de noventa y nueve justos.

¡Ay! Verdaderamente es muy necesario que nuestro Señor muestre más condescendencia respecto al pobre pecador que en cuanto al justo, porque más lo necesita. — Está en el fondo de la hoya, y con gran necesidad de que bajen hasta él para sacarle de ella.

¡Oh cómo desea Jesús la vuelta del pecador, y

cuánto sufre por tener que esperarle! Preséntase á él, solicita y atormenta su corazón hasta que le gana nuevamente, como una madre que llora á su hijo le persigue con sus lágrimas y ternura para hacerle salir de un mal camino.

Puede decirse que si Dios no fuese infinito é infatigable en su acción, la sola busca de los pecadores absorbería su felicidad y poderío. Nuestro Señor durante su vida se ocupó únicamente en perseguirlos, y siempre le tenía triste el pensamiento de ellos, por cuya desgracia lloraba muchas veces, sin que le consolara toda la bondad de los justos, ni aun la santidad de María. Ahora ruega y vela por ellos, manda en su busca á los ángeles y pone cielo y tierra en movimiento por salvar á un pecador.

Dícese á veces que basta el ser impío para vivir mucho tiempo. — Así pudiera creerse viendo la dilatada paciencia de Dios en cuanto á ciertos impíos; aparte de que el Espíritu Santo ha dicho: «El justo muere en medio de sus buenas obras y el impío vive mucho tiempo en su malicia.» Es que los aguarda para convertirlos, dejándolos que amontonen crímenes sobre crímenes, á fin de formar con ellos los trofeos de su misericordia, pues ama las grandes sacudidas de la gracia, y los milagros de conversión que originan los días de fiesta y misericordia, los días de júbilo del cielo.

«Dios nos espera para apiadarse de nosotros.» Cada hora de esta espera es un nuevo perdón, una creación nueva de misericordia de que somos objeto, supuesto que la justicia apremia con instancia y pide constantemente nuestra muerte, cuya dilación no puede permitir; pero aunque cada minuto de nuestra vida le pertenece y bastaría uno para nues-

tra muerte, la misericordia arranca de manos de la justicia nuestra sentencia, y de este modo nos crea perpetuamente una nueva vida. — ¡Oh! ¡De cuántas acciones de gracias somos deudores á la divina misericordia! Lo que más afecta á los pecadores es que Dios los haya aguardado: « ¡Cómo! ¿ Me ha conservado esta vida que yo empleaba toda en ofenderle? » ¡Y vierten lágrimas de reconocimiento!

Mas ¿qué decir de su bondad en recibirnos y perdonarnos? ¡Oh! ¡Verdaderamente es harto grande la misericordia de Dios! — Si duramente reprendiese nuestras faltas y nos impusiera penitencias públicas, como solía la Iglesia en los primeros siglos, aun así sería excesivamente bueno perdonándonos á este precio. — Pero nada de reproches; no nos habla de nuestra ingratitud ni crueldad, oculta su justicia y la obliga á callar, para mostrarnos sólo su Corazón, sobre el cual nos aprieta, tomándonos en sus brazos como el padre del Pródigo, y tiernamente nos abraza con lágrimas de alegría. No responde á acusaciones que contra nosotros se formulan ó, mejor dicho, responde de esta manera: « Devolvedle su primera vestidura, ponedle en el dedo el anillo de oro, y regocijémonos porque mi hijo había muerto y ha resucitado. »

El mundo hace esperar á los que solicitan su gracia; mas Jesús sale á nuestro encuentro, y hasta nos da la esperanza, con que no nos atrevíamos á contar, á la vez que nos anima á la confianza, haciéndonos renacer á la vida. — En la vida de un pecador, el momento más dulce de todos, el más conmovedor y que hasta lo último le moverá á verter lágrimas de felicidad, es el de su conversión, en que Jesús, haciéndole sentir que quedaba perdonado, le dijo: « ¡Vete en paz! »

Entonces sale de la agonía, resucita del sepulcro, renace á la vida. Trabajo ha costado la confesión; pero una vez producida, sólo causa alegrías análogas á las de la madre que ha dado á luz á su primer hijo, sin exigir otra cosa que el ponerse de rodillas, y que llorando se clame: « Señor, he pecado; no soy digno de perdón. » Y entonces el Señor no se detiene y lo perdona todo.

Mirad de qué manera sabía perdonar durante su vida nuestro Señor. — Allí está la mujer adúltera, sin que Él le eche nada en cara, sino que humilla á sus acusadores, los ahuyenta; ni siquiera la mira para no avergonzarla, y la despide absuelta.

Y á Magdalena, muy lejos de reprenderle sus desórdenes, alábala, la defiende y la corona con esta hermosa expresión: « Ha amado mucho. »

Así es que ahora, el heredero de su misericordia, el ministro de Jesucristo, sólo una palabra tiene que decir al pecador arrepentido: « ¡Ve en paz! Perdonado quedas para siempre. »

Porque no conoce límites la misericordia del Señor, que asegura que no volverá á acordarse nunca de nuestros pecados, los cuales arrojará á sus espaldas en lo profundo del mar; de modo que, aunque estuviésemos enrojecidos como la escarlata por los crímenes, su misericordia nos tornaría blancos como la nieve.

Pone su gloria la misericordia divina en destruir el cuerpo del pecado, y en obrar con tal eficacia que, lo que una vez borró, así queda para siempre. Tan poderosamente obra, que crea en nosotros un nuevo corazón, una mente nueva, un nuevo ser, y que si un pecador torna á sus crímenes después de haberse convertido, no será juzgado sino tocante á los pe-

cados cometidos después de su nueva caída, y no por los que ya le fueron perdonados.

¿Cómo así, cuando es más ingrato y culpable?— Cierto; por eso se le castigará conforme al grado de su ingratitud, mas no por los pecados que borró la divina misericordia.

¿Qué más puede hacer por los pecadores la bondad de Dios? ¡Pudiera originarse la tentación de creer que se halla en connivencia con ellos, al mirar la bondad con que los trata! Ocúltalos nuestro Señor bajo su manto, cúbrelos con su sangre, introdúcelos en sus llagas como en puesto seguro contra la justicia irritada, lo mismo que una madre escondería á su hijo de las persecuciones de la justicia humana, aunque hubiese atentado contra la vida de ella, porque ante todo es madre: de igual manera Jesús es Salvador antes que todo.

Al perdón que nos otorga agrega Jesús gracias de inefable dulzura, pues nos quita el recuerdo penoso de nuestros pecados y, en vez de conservarnos en un sentimiento de pesar continuo, disminuye el dolor, devuelve la confianza, da la paz y la alegría, en términos que quien vergonzoso y llorando se confiesa, levántase tan feliz después de la absolución, que profundamente se asombra.

En el mundo, el que sale de la cárcel nunca desecha el deshonor y mala fama que ella causa; mas Jesús rehabilita á los que perdona, trátalos como si nunca le hubiesen ofendido, y muchas veces los más grandes pecadores llegan á ser los mayores Santos.

Por eso San Pablo, para gloria de la misericordia, escribía que había sido blasfemo y perseguidor, el mayor de los pecadores, y sin embargo nuestro Señor le llama vaso suyo de elección.

En cambio de su triple negación recibió San Pedro la triple corona de su tiara. También en el perdonar nuestro Señor se manifiesta Dios.

Y aun á nosotros, después de nuestros pecados, ¿no nos ha honrado con el sacerdocio y con la vida religiosa, con gracias escogidas y de honor? ¿No nos corona de honor y gloria, y nos rodea con el escudo de su privilegiada benevolencia? Todo lo ha olvidado; olvida hasta nuestras miserias presentes, y que, á pesar de tanto amor, le ofendemos todavía.

¡Pero á nosotros toca no olvidar! Formen nuestra vida la gratitud y el amor á tanta misericordia, sobre la cual únicamente nos fundemos, pues que, merced á ella, no hemos sido, como tantos otros, condenados para siempre: *Misericordia, Domini, quia non sumus consumpti.*

